

Manuel Rueda

Recordando a Rosita Renard

Palabras de homenaje leídas en la Velada Fúnebre que el Ministerio de Educación ofrendó a la memoria de la eximia pianista.



UNQUE nacemos destinados, aunque algo cada día se torna de polvo o de mármol fúnebre en nuestro nombre, nunca pensamos que éste de Rosita Renard estuviera sujeto a idénticos riesgos y que lo veríamos brillar sobre la muerte con un parpadeo de incredulidad, casi delectándose él a sí mismo, resaltando como una equivocación. No fué posible pensarlo; su nombre era su clima propio y temperante, un clima derramado donde nos movíamos sin urgencias, eficaz aún ahora cuando asoma a los labios. *Sra. Rosita* para sus alumnos y *Rosita* para todos; diminutivo que retrotraía a lo supremo, que nombraba dentro del nombre con una gama tierna, flexible, substancial.

Rosita Renard era el logro, la facilidad, los júbilos, salvados limpiamente, aferrados, mientras una extraordinaria voluntad de olvido se encargaba de tropiezos, cansancios, amarguras. Vivía heroicamente candorosa, con el candor extrahumano que aprovecha de la experiencia y luego la suplanta. Los años braceados no le marcaron arrugas ni le congestionaron el ceño;

sólo una a una las sonrisas supervivían y se manifestaban. Así era como, después de un pertinaz esfuerzo, la veíamos tranquila, honda de agradecimiento, porque lo más valioso que siempre daba la enriquecía.

Ella tocaba el piano sin misterios, explicando cómo lo tocaba. Sabedora de sus recursos ponía a disposición del alumno los medios seguros de trabajo, representando cada obra por una actitud y cada actitud por una disciplina. Aun lo mágico que a ella se le dió por añadidura, era un halo nítido, una idealidad perfilada que se escurría de sus toques meditativos queriendo penetrarnos a fuerza de evidencia. El orden se establecía a favor de sus manos que urgían junto a las nuestras, socorriéndonos, en las teclas altas del instrumento. Y todo era igualmente profundo allí, en los agudos, porque su profundidad no estaba hecha de sonoridades tenebrosas, sino de tersuras.

En su toque los abismos se manifestaban por medio de superficies laboriosas. Tenía un concepto directo de la perspectiva sonora, deducido seguramente de las cualidades percutivas del instrumento y de su histórica parentela de clavecines, muy semejante, en principio, al de los pintores primitivos, en los cuales está siempre presente la verticalidad de la tela. Ella trabajó basándose en el timbre específico del piano, usando con mesura de los pedales, porque según sus palabras «son indigestos como una salsa demasiado fuerte». Jugaba al descubierto y en la transparencia de sus ejecuciones la polifonía emanaba a sus anchas, sin tropiezos; la armonía variaba en una traslación rápida de los dedos, produciendo el legato más asombroso que he oído; de los dibujos melódicos diré que ellos se tejían de pie en la atmósfera, zigzagueantes como el gráfico de una fiebre sabiamente regida.

Todas estas características hacían portentosos sus clásicos y en especial, su Mozart. En cuanto a los románticos, de la misma manera que le aconsejaban el uso del carmín o de los polvos, de la misma manera que le deslizaban la necesidad de que sus trajes lucieran amables coqueterías, graciosos adornos, como

flores y lentejuelas, para recrear la banalidad de algunos auditores; así como ella oía escandalizada tales consejos, abriendo un poco los ojos, negándose a la más leve concesión, Rosita Renard permanecía sorda a quienes le insinuaban la posibilidad de que su Chopin fuera más sentimental y brillante: dos trampas que hacen delirar a la multitud.

Todos la deben recordar cuando salía a escena, ataviada sencillamente de negro como de un hábito, el pelo recogido enmarcándole el rostro, sin melindres ni reverencias, opaca, queriendo ocultar casi su presencia. Y de ese modo tocaba, ocultándose detrás de sus manos, llenando las medidas diáfanas hasta el borde justo, sin excederse en un color o una gota, nunca anteponiendo su individualidad, no porque la encarcelara, sino porque se transubstanciaba, alta y ligera, en las emociones estables inherentes a lo tocado.

—No cambiaré—decía,—aunque nadie guste de mí. Es a la música a quien debo servir y mis éxitos no cuentan.

Sin embargo, sus éxitos fueron innúmeros, pues nadie podía resistirse a aquella severidad, a aquel empuje mesurado y sincero con que fraseaba y se deslizaba a los pianísimos, creando un ritmo vivo, imperioso, que la convertía en sagrada. Cuando ella tocaba no se podía hacer otra cosa que oír, oír con todas las facultades físicas y espirituales. Se la perseguía en tiempos rápidos y se la acompañaba en los lentos, suspendiendo la atención con cada «forte», oyéndosela más aún cuando la suavidad tornábala casi intangible y las pausas se cargaban de sorpresas.

Todos los públicos la aclamaban, pero ella siempre tuvo temor antes de sus conciertos. La responsabilidad frente a obras que tan cabalmente ejecutaba pesaba en su corazón, temiendo lo que nunca hubo de sucederle: la traición a un pasaje, a un ritmo, a un fracaso, a lo más pequeño que suele establecer lo infame. Yendo a su encuentro, el piano se le antojaba, en medio de su macicez rotunda, y según su expresión, «un gigantesco monstruo agazapado», monstruo a quien muy pronto domesti-

caba sacándole melifluidades angélicas. Temía, sí, pero sus manos sabían el camino.

¡Las manos de Rosita Renard! Nada hubo más inolvidable, aun alejadas del teclado, viviendo solas, ocupadas en un menester cualquiera o unidas simplemente en la falda. Dulcemente materiales, tenían interiores algodonosos y redondeces elásticas, uñas cortas y redondas y al pie de cada coyuntura, donde el hueso se entreveía manso, flúido, un repliegue de la piel producía fáciles declives y algo como risueños hoyuelos. Porque sus manos tenían mucho de mejillas alegres, combadas, floreciendo en las articulaciones pequeñas rosas espirales que se distendían hasta desaparecer cuando plegaba los dedos. Las habitaba casi siempre un pañuelo, un poco de hilo modelable que retenía en las yemas suavemente apelotonado, tocándose el rostro con él, la frente amplia, los labios de comisuras benévolas; después rotándolo como dentro de un engranaje, quedaba acogido a la palma, invisible y seguro.

¿Qué alumno no recuerda estas manos que siempre le salían al encuentro? Y más aún: ¿cuáles no recuerdan la persona entera, sencilla, armónica, cruzando los patios del Conservatorio, anticipándonos su maternal solicitud con el apelativo de *hijito*? Porque ella ha sido la única para la cual el diminutivo era un sentimiento, la clave de una verdad inmensa.

Deseo recordarla, aunque recordarla sea estar en una orilla por donde ella ha pasado definitivamente, aunque sea entreverla a trechos mirándole la marcha con unos impulsos de asirla, de aproximarle un llamado, de hacerla detener para que no se nos escurra del todo. Sí, la estoy viendo en su sala de clases, viéndola y oyéndola, cuando, terminada su labor, se ponía a tocar un Estudio, una Mazurca de Chopin, mientras yo sabía que algunos alumnos se inmovilizaban detrás de la puerta, en los pasillos, para oírla también. La estoy viendo en su casa, orgullosa entre sus alacenas colmadas de confituras que ella misma preparaba, entre aquellas paredes de su casa recién estrenada, que no alcan-

zaron a entibiarse de ella; y en su huerto con un fondo de montañas azules, afincada y chilénísima, demorada y ligera, porque ella era un aire fresco allí donde Gabriela Mistral, su semejante, es una recia hondonada. La estoy siguiendo en aquella jira al exterior, cuando tuve la suerte de acompañarla, y no se me borrarán nunca sus días en mi isla, en la República Dominicana, donde fué invitada por el gobierno del Presidente Trujillo, esos días en que mis compatriotas la quisieron y la admiraron; ni se me extinguirá en el oído aquella sonata en Re mayor, a dos pianos, de Mozart, que tocamos juntos, vitalizado yo por su ritmo, ascendiendo a su poder, a la vez que ella trataba de oscurecerse, como queriendo tocar menos bien para nivelar las diferencias. Siempre la veré bajo aquel sol intenso que la aquejaba un poco, aunque gozosa de conocernos, paseando por nuestro malecones junto al mar Caribe, tocando nuestra historia en la Catedral Primada de América frente a los restos del Descubridor; detenida ante las ruinas del Alcázar de don Diego Colón; en las de San Francisco; cruzando una arcada, acariciando una piedra o una columna vencida sobre la hierba, con sus manos que comprendían porque también ellas acumulaban el tiempo, un tiempo músico que allí se tornaba visible.

Estoy orgulloso de haber sido su alumno (y lo seguiré siendo de su ejemplo), un alumno extranjero que tuvo la satisfacción de ir a debutar en su patria al lado suyo, y de debutar también en otros países cobijado por su prestigio. Mucho me queda que aprenderle, mucho que tributarle con cada paso adelante, y digo que todos los allegados a la música deben guiarse por el resplandor creciente que ella deja, por su simplicidad conmovedora que la hacía preocuparse desde lejos, en las cartas que diariamente escribía a su esposo, de sus árboles y de sus animales. Todo lo tierno se reflejaba espontáneamente en su espíritu. Por eso una noche me dijo: —«Acompáñeme al cine, pero a ver dibujos animados» —y esa noche su rostro se iluminó de añoranzas...

Estudio y veracidad: Un camino, el más certero de los mos-

trados y seguidos. Pero ese camino ya no la lleva. La ha depositado en un abismo desde donde nos está mirando con dulzura, sujeta firmemente a nuestro recuerdo, agarrada a su nombre, al poderío de su diminutivo.

Señores nos queda esto: su nombre, uno con su recuerdo. Su nombre que ha cambiado de residencia, deslizándose desde los programas a las necrologías, desde los cartelones de teatro a la lápida; su nombre que ha variado de posición, quedando un poco de costado y mostrándonos al fondo la Gloria.

¡Rosita Renard! Yo quiero amar toda la vida este nombre y decir que hay muertes para las que no existe la conformidad.